

EDITORIAL

Durante muchos años, los *Horizontes Inspiradores de la CLAR* han movilizado, alentado y orientado la espiritualidad y la acción pastoral de la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe. Son ese soplo de la *Divina Ruah* que mantiene los ojos abiertos, el corazón centrado y los pies empolvados por los caminos. Como faros de sentido, nos abren al asombro, nos impulsan en la travesía y nos orientan en el rumbo para continuar el peregrinaje en clave transformadora. Vivir con horizontes de sentido es caminar con la mirada encendida hacia lo que aún no es, sabiendo que el don ya ha sido sembrado como posibilidad en lo profundo. Como decía Eduardo Galeano, los horizontes -esos imaginarios utópicos- no están hechos para alcanzarse, sino para hacernos caminar. Ellos nos recuerdan que el sentido no se posee: se busca, se persigue, se teje con los hilos de cada encuentro, de cada gesto de ternura, de cada paso en el propósito. En definitiva, son *aliento que nos empuja a seguir andando*.



En este trienio 2025-2028, a la escucha de los claroscuros de la realidad y del querer de Dios, el Espíritu nos ha orientado hacia el *ícono bíblico de Nicodemo en su encuentro con Jesús*. Este símbolo recoge la antorcha de esperanza de las *Mujeres del Alba* y nos invita, movilizados por el dinamismo del Resucitado, a *abrazar la llamada a nacer de nuevo*. ¿Por qué y para qué se nos regala este horizonte inspirador? Intuimos que este fascinante relato evangélico se nos ofrece como *propuesta desafiante de transformación*. A la luz de su itinerario creyente, el Espíritu nos convoca y provoca a emprender nuevamente la travesía, con el deseo profundo de *habitar este mundo herido con ternura y sabiduría*. Como a Nicodemo, se nos pide la osadía de soltar seguridades y adentrarnos en libertad en un proceso de conversión que nos permita relacionarnos entre nosotras/os y con toda forma de vida desde lo esencial, contemplando con mirada nueva nuestra vida y misión en el corazón del mundo.

Así, como Nicodemo, poco a poco descubrimos la provocación que Jesús nos dirige como personas, comunidades e instituciones. No hay otra vía: "es

necesario nacer de nuevo” (Jn 3,7). Este imperativo nos convoca a abrazar los procesos de transformación que surgen de este reengendramiento espiritual, en medio de los caminos complejos e inciertos de nuestro tiempo. En el fondo, lo que está en juego es la *urgencia de la conversión*, que nos abre a un proceso de recreación capaz de despertar, a la vez, vértigo y fascinación.

A lo largo de la historia, la Vida Religiosa ha sabido *reconfigurarse* con creatividad y audacia, encarnando la novedad del Evangelio en cada época. Sin embargo, también reconocemos que hoy, en no pocas expresiones, se advierte un cierto retraimiento: modos, estilos y formas que se vuelven obsoletos y nos alejan del dinamismo del Espíritu.

Frente a esta contradicción que nos apremia, el *encuentro nocturno de Nicodemo con Jesús* se convierte en un espejo de nuestras búsquedas. Como él, caminamos bajo la noche, impulsados por el deseo de ese *más* que nos habita, aun cuando muchas de nuestras certezas ya no basten. Su paso incierto y vacilante refleja nuestras propias inquietudes y limitaciones, pero también nuestra sed de horizontes nuevos que nos liberen de estilos de vida que nos contienen e impiden encontrar al Dios de la vida en la espesura de la noche.

Como el Maestro de la Ley, necesitamos *entrar en el misterio con preguntas abiertas y con la vida expuesta*, para que incluso en medio de los miedos y las incertidumbres, nos atrevamos a reconocer el hambre y la sed de sentido que nos habitan. En su búsqueda se condensa el itinerario de todas/os nosotros, que en tiempos de desmoronamientos y cansancio intuimos que solo dejándonos transformar por el Espíritu podremos *volver a creer y volver a empezar*.

Renacer en la noche, como Nicodemo, no significa volver atrás, sino dejar que el Espíritu *nos rehaga desde dentro*: en la mirada, en el servicio, en el amor. En este tiempo marcado por la complejidad y la esperanza, la Vida Religiosa está llamada a este nuevo nacimiento: a una fe más sencilla y mística, a una comunidad que no teme desaprender, dejarse despojar y volver a escuchar la voz de Jesús que susurra: *“El viento sopla donde quiere”*. Nicodemo nos enseña que la noche no es fracaso, sino *umbral del Espíritu*, donde la vulnerabilidad se convierte en espacio de posibilidad y transparencia de la presencia de Dios.

Al final, este ícono bíblico nos recuerda que *creer es un acto de coraje y parresía evangélica*: la audacia de dejar que Dios nos vuelva a engendrar en lo pequeño, lo humilde y lo esencial. Allí donde la Vida Religiosa se atreve a mirar la historia con ojos nuevos, a caminar desde las periferias y a redescubrir la ternura como fuerza transformadora, la *Divina Ruah* sigue soplando, alentando, creando y despertando. Y es precisamente en esta *noche del Espíritu* donde comprendemos que la Buena Noticia del Reino germina, como semilla, en los corazones que se atreven a buscar.

Gracias a todas y todos quienes, con su hondura narrativa y su pensar teológico, nos ayudan a desentrañar esta llamada a *nacer de nuevo*. Que, al adentrarnos en este número de la *Revista de la CLAR*, sigamos abrazando las invitaciones del Espíritu para gestar lo nuevo, favoreciendo espacios de inquietud, búsqueda, encuentro, compromiso y desbordante generosidad en nuestra vida y misión como *Vida Religiosa del Continente*.